

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS ESTADOS UNIDOS EN 1973 (5)

EL DESALIENTO

Los tres años de Kennedy —lo que se llama ya, nostálgicamente, «the Kennedy years»— coincidieron con tal despegue «real» de los Estados Unidos respecto de todos los demás países, y sobre todo de sus rivales, que éstos cambiaron de táctica. A la competencia, a la carrera por el desarrollo militar, técnico, económico, científico, sucedió la vieja táctica —muy anterior— de intervención interna, manipulación de la opinión, subversión cuando era posible. Había una coyuntura favorable: la depresión producida por la muerte de Kennedy, con la cual se había apagado la voz más alentadora de dos generaciones, la guerra de Vietnam —el error más grande de toda la historia de los Estados Unidos— que se prestaba admirablemente a la provocación o estimulación del desarrollo. Desde 1963 o 64 hasta el final de ese decenio, se ha hecho el intento a fondo de la subversión en la sociedad americana. No me refiero tanto a la subversión violenta —que no ha sido escasa— como a la subversión social y moral, desde la «protesta» ruidosa y sistemática hasta la negación de la libertad que se estaba ejercitando sin medida o el «revisionismo» de ciertos historiadores que intentaron contar la historia del país al revés— como los marineros de Ulises el canto de las sirenas.

Los años 1968-70 fueron la culminación de esta actitud. Sobre esto hablé en detalle en mis artículos «Los Estados Unidos en 1970», epílogo de «America in the Fifties and Sixties». Esto ha terminado. En realidad, fueron muy pocos americanos los que entraron en el juego; cierto número de jóvenes fueron arrastrados; al cabo de poco tiempo sobrevino el aburrimiento, porque esa actitud subversiva se caracterizaba por la absoluta falta de imaginación, por la repetición constante, por el arcaísmo de las ideas —consecuencia del hecho, tan inquietante, de que hoy los que se llaman revolucionarios han dejado de ser innovadores—. Desde 1971 se inicia la declinación, el descrédito de esa actitud; el fin de la guerra de Vietnam a comienzos de 1973 la ha privado de su único «combustible» efectivo.

El no haberse dado cuenta de esto costó a McGovern su enorme derrota de noviembre del año pasado, a pesar de la poca ilusión que despertaba la Administración, del deseo que sentían innumerables americanos de dejarse seducir hacia otra cosa.

Desde el mes de enero estaba esperando qué nuevo tema iba a sustituir a Vietnam, dentro y fuera de los Estados Unidos. El primer paso fue el instantáneo «olvido» de la guerra de Vietnam. A pesar de haberse escrito y hablado interminablemente de ella, concediéndole una importante suma, no se dio ninguna importancia a su terminación, no se consideró como un mérito haberla concluido, no se señaló la mejoría de la situación posterior —ni moral, ni política, ni social, ni económicamente—. A

juzgar por el silencio de estos meses, nadie pensaría que hubiese sido un tema apasionante durante años.

Y de repente apareció —mejor dicho, hizo explosión— el tema de Watergate. En otro lugar he recordado como, descubierto en junio de 1972, no adquirió volumen y resonancia interna y externa hasta nueve o diez meses después. No quiero decir que Watergate no sea un problema muy real, una fea y lamentable historia; lo que quiero decir es que, al cabo de muchos meses, «no se ha encontrado nada mejor que Watergate».

En este momento, los americanos están disgustados, desencantados, quizá asqueados de Watergate y otras manipulaciones de la política imperante, y poco menos de su tratamiento prolijo, minucioso, miope, rencoroso, monótono, sin energía ni generosidad.

La vida cotidiana marcha bien y es apacible; las Universidades funcionan mucho mejor que en los años pasados; han subido los precios y se habla de inflación, pero todo eso acontece en grado mucho menor que en los demás países; los problemas raciales se han superado en gran proporción —son mucho menos irritantes y explosivos. Pero el futuro no parece incitante, en este país siempre disparado hacia el porvenir por todos los resortes del entusiasmo.

Los estudiantes universitarios son muy parecidos a los que conocí en 1951 y he seguido tratando sin interrupción, salvo una diferencia: desde hace seis o siete años, son mucho menos alegres. Tenían motivos para serlo, pero sobre todo lo eran «porque sí» —la gran razón de los veinte años—. Siempre me acuerdo del verso de Angelus Silesius:

Die Ros' ist ohn warum: sie blühet, Keil sie blühet.

«la rosa es sin porqué: florece porque sí». Ahora, los estudiantes de veinte años (en los Estados Unidos y en los demás países que conozco) sólo están alegres cuando el impulso interno hacia delante rompe la costra de inhibición con que han sido envueltos por los que los han persuadido de que estar contentos es ser «cómplices» de las «estructuras».

Hoy, probablemente por primera vez en su historia, los americanos «no tienen un proyecto nacional» (en lo cual también se parecen a la mayoría de los pueblos actuales). Saben que «hagan lo que hagan», serán automáticamente censurados; sospechan que cuanto mejor lo hagan, mayor será la censura. Y esto ha producido en ellos un clima de desaliento.

Lo que estaban haciendo desde 1945, no se atreven a seguir intentándolo. Tienen la impresión de que no es deseado; dudan de que sea valioso. Cuando vuelven la mirada alrededor, no encuentran tampoco nada mejor, que valga más la pena. Los que han tenido la tentación de ponerse a otras cartas, han reac-

cionado ya al advertir que estaban marcadas, al sentir una repugnancia por lo que se les proponía.

Una parte bastante grande de los intelectuales —profesores, editores, periodistas— han entrado en ese juego, por inocencia, por novelaría, en algunos casos por ambición o malas pasiones. Adviértase que el viejo desdén del americano medio por los intelectuales había desaparecido hace muchos años, precisamente desde que se produjo su «reconciliación» con el país. El americano corriente y moliente, sencillo y no muy cultivado, absorbo en la empresa de hacer el país, con muy poco conocimiento del mundo exterior, sin familiaridad con las ideas generales, solía desconfiar de los intelectuales. En los últimos veinte años fue familiarizándose con ellos y a la vez les fue teniendo respeto. Una de las razones más importantes —y que se suele pasar por alto— es el increíble número de universitarios en la población americana. El intelectual era una especie relativamente rara; pero cuando los estudiantes universitarios fueron llegando a los tres, cuatro, seis, siete, casi ocho millones, el número de personas «expuestas» al contacto intelectual fue siendo una mayoría del país, y enormes minorías los de profesiones intelectuales. La desconfianza que hoy germina es otra: es desconfianza de que sean verdaderamente inteligentes. Personalmente la comparto y la extiendo a todo el mundo. Tengo la impresión de que en esta fecha precisa en que escribo, en casi todas partes son más inteligentes los «consumidores» que los «productores» intelectuales. Y esto es gravísimo, con una gravedad difícil de exagerar.

Una diferencia importante entre los Estados Unidos y Europa es que ésta, por tener una historia muy larga, vive en gran parte del pasado —más o menos «enajenado», pero todavía disponible—. Las ciudades europeas pueden ser lamentables en lo que tienen de actual, pero ahí está lo que «queda» del siglo XVIII, del Renacimiento, de la Edad Media, en ocasiones de Roma. Lo mismo habría que decir del largo e ilustre pasado artístico, literario, filosófico. Leyendo a Descartes, Kant, Shakespeare, Cervantes o Dante, podemos olvidarnos de la mediocridad de la filosofía o la literatura que se están haciendo. Los Estados Unidos han vivido mucho menos de la tradición, mucho más de lo actual; más que del «crédito» histórico han vivido al contado, o como dicen ellos, «cash». De ahí la gravedad de este fenómeno.

Los Estados Unidos no pueden refugiarse en el pasado, consolarse con él, adormecerse con él. «No pueden vivir en el templo del desaliento». Por eso creo que en estos años, quizá en estos meses, está germinando una nueva actitud. Están —no nos engañemos— entre la espada y la pared.

Julián MARIAS

OTROS CAMINOS

FUTURO DE LA MEMORIA

A pesar de todo, la memoria continuaba siendo importante. Y mucho. Aquí, ese «todo» indica la escritura y las ventajas que de ella derivaron y derivan. Bien conocida es la eficacia histórica de los sistemas de signos gráficos utilizados para representar la lengua hablada: los alfabetos, por decirlo rápidamente. Gracias a ellos, la acumulación y la transmisión de saberes —dejemos a un lado otros beneficios— consiguieron firmeza, rigor y serias perspectivas de perdurabilidad. Las sociedades «alfabetizadas» han tenido un desarrollo notoriamente difusivo, y, de algún modo, relacionado con la difusión del «escrito»: en esa maniobra se insertan los libros y las escuelas, la prensa periódica y lo demás, sin olvidar la influencia de los medios materiales interferidos (la invención del papel, los progresos de la tipografía, etc.). La «cultura», en buena parte, e incluso cabría decir «en su integridad», ha ido conformándose al vehículo escrito, hasta el punto de que, hoy, lo que no es cultura escrita queda relegado a la noción subalterna de folklore. Esto, todo esto, si creyésemos que la «alfabetización» ha sido tan profunda como las apariencias dan a entender. Ni siquiera las estadísticas del aprendizaje escolar llegan a ser satisfactorias en el asunto.

Repite: pese a la abundancia de papel impreso, propiciada por la industria del ramo, la mayoría de la gente seguía aferrada a la «memoria»: a su memoria personal, familiar, de tribu. Hasta anteaer, por lo menos. No se comprenderían muchos fenómenos de la vida colectiva del llamado «mundo moderno» —el nacido de la Revolución Industrial—, si se prescindiese de esta evidencia: que un gran pedazo de la población permanecía impermeable a las atracciones del alfabeto. Desde la cocina a la enfermedad, salvando alguna ocasión excepcional, la rutina diaria se desenvolvía entre recetas here-

das, o sea, recibidas de viva voz de padres a hijos en el seno de la familia. Al fin y al cabo, uno de los ingredientes más fuertes de la familia todavía es éste: la tradición, la «memoria» activa, que involucra valores morales, creencias religiosas, ritos de comportamiento, recursos prácticos —insisto— de comer o de curar. Esa es la «cultura» real del vecindario. Y en ella sólo incidían muy tangencialmente las manipulaciones alfabetizadas. Bien mirado, la mayoría de las sociedades «civilizadas» —exactamente: la mayoría «en» las sociedades civilizadas— nunca acabó de salir del estadio prealfabetal. Aun sabiendo leer y escribir, apenas se aprovecharon de ello. Ni les interesaba. Y no me refiero exclusivamente al magma rural.

La cultura «consuetudinaria» fue lo normal y corriente. Y lo es, todavía. Los antropólogos se encargarán de medir el alcance del «hecho», si es que el «hecho» se deja medir. Que no es nada seguro. Me guardaré de pontificar acerca del problema: ni soy aficionado a este tipo de dictámenes, ni el panorama se presta a otra proyección que la mediocrementemente «científica» de la conjetura del observador atento. Por desgracia, no hay «ciencia» que valga en este terreno, ni en los contiguos. Digan lo que digan sociólogos, antropólogos y el resto de prestidigitadores de las «ciencias humanas»: poca «ciencia» hay en ello. Pero algo cabe salvar: el dato irrefragable. Podremos discutir hasta cansarnos sobre la influencia del alfabetismo en las «sociedades (presuntamente) alfabetizadas»: sobre sus más y sus menos. El debate, en última instancia, se planteará desde un horizonte de «no participación» general, pígre o reticente, en la dichosa alfabetización. Y ahí quedaba la cosa. La inercia multitudinaria, en principio, se arrastraba en estos cauces, que, a veces, se remontaban en su origen al Paleo-

lítico. En el área del sexo o en la del resfriado, las personas de mi generación —los cincuentones— casi no discrepamos de nuestros tatarabuelos del X/VIII o del XV. Permitaseme la exageración, que no lo es tanto.

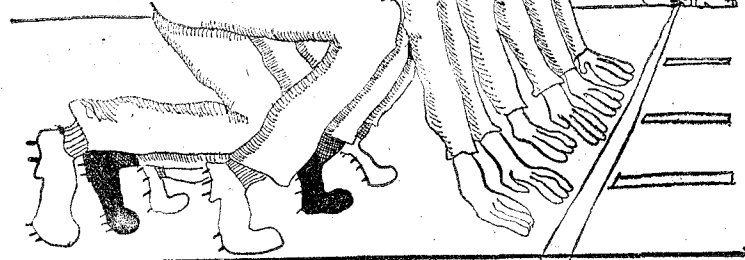
El momento actual es el de la revolución de la memoria. Y no sólo por la Intromisión decisiva de las «memorias electrónicas» y demás artilugios, cada vez más afectuosamente favorables, que descansan la actividad calculadora de los especialistas y que, en un plus prodigioso, abren caminos de maniobra inéditos de cara a la tecnología y a su consumo. Las ibeas amenazadoras son lo de menos. Hay otras interferencias bastante más agudas, más sutiles. Eso que hemos convenido en denominar «mass media», por ejemplo. Y, particularmente, los «media» audiovisuales. El paso del alfabetismo a la televisión constituye uno de los episodios aparatosos de la circunstancia. La «letra» —la lectura y la escritura— que tendría que haber mediado, no cuenta. Y la «memoria» tropieza con su primera auténtica crisis. La memoria, la de siempre, de boca a oído, residente en el aguante individual del individuo, fue complemento, suplemento, complemento de la alfabetización. Hoy empieza a no ser imprescindible. ¿Para qué la memoria, si la publicidad la sustituye, si la ideología manufacturada por la industria de la especialidad, ofrece en cada emisión las soluciones más fáciles, dúctiles y certificadas por el prestigio de su propia propaganda? Los fármacos y los comestibles, convertidos en anuncio, suplantando los antiguos secretos del hogar. El resto, lo que pedantemente recibiría el nombre de «ethos», costumbres y juicios, encuentra idénticos cauces de sustitución. Quilientos años de imprenta arrojan un saldo insignificante, comparados con una década de antenas compulsivas.

Habría más que apuntar, en esta línea. En el fondo, la situación se estatuye como una ruptura: no es sólo el chisme televisivo —aludido en términos indicativos—, sino la compleja revulsión de los modos de producción y de sus correlaciones automáticas, lo que decide. La gente actual se enfrenta con medios y fines sin precedentes, y la «memoria» resulta insertible, o por lo menos superflua, en el nuevo contexto de convivencia. Puede que, a la larga, la ciudadanía ni siquiera sepa «recordar». Ya lo verá quien lo vea. El «recuerdo», la «nostalgia» y otros muchos vericuetos sentimentales —¿o intelectuales?— que veníamos disfrutando, serán inimaginables para las generaciones futuras. Los que, por chamba, estamos colocados en el momento-gozne, podemos suponerlo «razonablemente». Todavía tenemos un pie en el pasado, porque para nosotros aún existe el pasado, y barruntamos lo que será el mañana. Quienes ya crecen desde esa mañana no tendrán un «pasado»: la misma idea de «pasado» les será extraña hasta la repugnancia. El hijo de los chicos actuales tiene, entre otras esta raíz. Que los papás y los abuelos se niegan a admitir, claro está. Analfabetos todos, o semianalfabetizados, de poco servirá, en la práctica, la «letra». Y de nada la «memoria». Los chavales subidos en instituciones exteriores al «domicilio» paterno, nutridos con imágenes pedagógico-comerciales en las pantallas, abocados a vivir en apartamentos breves, huéspedes finales —con la jubilación— de asilos disimulados, no podrán tener «memoria», ni la echarán en falta. Su mundo será ya, definitivamente, otro. Un mundo donde será imposible «recordar» porque en él todo será actual, fugaz, transitorio, pactadamente —inevitablemente— provisional. El amor incluido... ¿Todo?

Jean FUSTER

PRESUPUESTO Y OBRAS
CONTRA RELOJ...
en su negocio o piso

RAINSA
Telf. 219 20 05



UNA MARAVILLA LLAMADA ALBI



SU TERRENO INDUSTRIAL VALE
MUCHO MAS

Construya naves industriales a permuta
Teléfono: 221 06 33. Sr. LUIS

¿QUE PASA EN LA CALLE PELAYO?

Siguen liquidando rollos de papel pintado a precios sin competencia directamente de la fábrica

50 % DTO.

El piso del papel pintado, c. Pelayo, 7, 1.º C